

## **Neoextractivismo, neodesarrollismo y proceso de acumulación de capital. ¿Superando el ciclo stop-and-go? Argentina, 2003-2012.**

Por Mariano Félix<sup>1</sup>

### **Resumen**

Argentina ha entrado en una etapa de acumulación capitalista estabilizada bajo un nuevo proyecto de desarrollo hegemónico. Este proyecto avanza en la conformación de un patrón de acumulación de capital que busca superar las contradicciones entre el eje extractivista-rentista y el eje industrialista de las fracciones dominantes del capital.

En esta ponencia discutiremos sí y de qué manera el histórico par campo-industria analizado en los clásicos modelos de acumulación *à la* Diamand, habrían perdido relevancia. Buscaremos analizar cómo las contradicciones latentes pretenden ser desplazadas y qué lugar tiene la contradicción entre el capital y el trabajo en la nueva etapa que se está abriendo.

El trabajo se basará en una reflexión histórico-conceptual apoyada en estadísticas construidas a partir de la información provista por los organismos públicos de estadísticas.

### **Introducción.**

América del sur ha estado históricamente vinculada al capitalismo a escala global bajo una u otra forma de extractivismo. Desde el ingreso de la región en el ciclo global del capital, los países de la región de incorporaron como oferentes de alimentos y materias primas poco elaboradas (Marini, 1973). Esa forma de participación como productores primarios no solamente se tradujo en una especialización productiva dependiente sino que llevó a la conformación de espacios nacionales de valor (economías nacionales capitalistas) profundamente desequilibradas en términos económicos, excluyentes en términos sociales y políticamente conflictivas.

---

<sup>1</sup> Economista. Profesor del Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) de Argentina. Investigador del Centro de Investigaciones Geográficas en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS) del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y de la UNLP de Argentina. Miembro del Centro de Estudios para el Cambio Social. Militante del Frente Popular Darío Santillán de Argentina. Correo electrónico: marianfeliz@gmail.com

La crisis global de los años treinta del siglo XX dio lugar a procesos de industrialización periférica, forzados por las circunstancias, que abrieron un potencial de cambio social en la región. Sin embargo, la industrialización quedó trunca en sus logros. Las economías de la periferia en el sur de América continuaron presentando –y profundizando– rasgos de exclusión social y política muy importantes. Las fuerzas populares nacidas al calor del proceso de acumulación industrial-manufacturero (conocido como desarrollismo) no pudieron orientar la estrategia de desarrollo en un sentido progresivo, socialmente incluyente y políticamente democratizante. La dominación del proceso por parte de la gran burguesía nacional y el peso creciente del gran capital multinacional impidieron que se pudiera producir un salto cualitativo en las formas de organización social. Hacia los años 1970 se inicia un proceso de regresión social intenso (el neoliberalismo) que logró reconducir la valorización del capital en un nuevo marco hegemónico global. El capital transnacionalizado en sus formas financieras y productivas se constituyó en el nuevo actor dominante, en una nueva etapa en el desarrollo capitalista (Harvey, 2005; Marini, 1997). Luego de 30 años de reestructuración regresiva, América del sur comenzó el nuevo siglo alumbrando la derrota política del neoliberalismo pero sufriendo sus consecuencias estructurales en todos los aspectos y dimensiones de la sociedad. Se abrió una nueva etapa.

A dos siglos de iniciado el proceso de independencia política (formal) de los pueblos de Suramérica, el proceso de acumulación de capital en la región continúa estando profundamente integrado de manera dependiente al ciclo del capital global. Nuevas formas de extractivismo (neoextractivismo) están siendo desarrolladas en el marco de la reedición de experiencias desarrollistas que reformulan la articulación entre el desarrollo, el extractivismo, la industrialización y las luchas sociales.

El caso de la Argentina es paradigmático en tal sentido. Siendo un país que logró alcanzar niveles relativamente elevados de industrialización, en la última década ha sido escenario de un proceso de rearticulación de las relaciones sociales de producción en una novedosa experiencia neodesarrollista. Combinando de manera original las fuerzas sociales y productivas nacidas del neoliberalismo, el proyecto de las clases dominantes en Argentina impone una nueva formación social capitalista que intenta refuncionalizar la industrialización y el extractivismo, en un marco transnacionalizado y de elevada conflictividad social y política.

El presente artículo buscará analizar la modalidad particular en que el neoextractivismo y el neodesarrollismo se articulan en Argentina en esta última década. Buscaremos mostrar las barreras y los límites que de esa particular articulación se desprenden.

Para ello primero haremos un breve recorrido conceptual e histórico de la historia del extractivismo y el desarrollismo en el país.

### **El extractivismo histórico.**

El extractivismo remite a una particular modalidad de la producción que supone –en principio- la utilización de las riquezas naturales (o bienes comunes) a un ritmo que no es compatible con los tiempos de reposición impuestos por la naturaleza.<sup>2</sup> En el marco del capitalismo en la periferia, este proceso ha estado históricamente vinculado a la extracción acelerada de los recursos del subsuelo con fines de su exportación casi sin procesamiento hacia los centros capitalistas. Esta dinámica no solo proveyó de alimentos y materias primas baratas para los países capitalistas del centro sino que –fundamentalmente- aportó al desarrollo en éstos de formas de explotación basadas en la generación de plusvalía relativa (Marini, 1973). Los países centrales pudieron aprovechar el saqueo de recursos de la periferia para especializar sus procesos de acumulación de capital en la producción de medios de producción, dando un salto adelante en el aumento de la productividad y el desarrollo de nuevas formas de explotación del trabajo.<sup>3</sup>

El extractivismo ha sido históricamente la contracara del proceso imperialista que Rosa Luxemburgo vinculó a la necesidad de los países del centro de encontrar en la periferia espacios no capitalistas que pudieran ser refuncionalizados para crear nuevas esferas de producción y realización del valor (Luxemburgo, 1913) desplazando las contradicciones sociales de los espacios capitalistas centrales (Marini, 1973).

La forma típica de la articulación extractivista ha sido denominada economía de enclave. (Svampa y Sola Álvarez, 2010) La misma supone una pobre integración del

---

2 El concepto de “bienes comunes” remite a la idea de las “riquezas naturales que garantizan y sostienen las formas de vida en un territorio determinado” (Svampa y Sola Álvarez, 2010) y por lo tanto no pueden ser convertidas en simples mercancías.

3 Al hacer referencia al “saqueo” de los recursos retomamos el concepto utilizado por numerosas organizaciones populares que analizan el proceso extractivista como uno en el cual se extraen riquezas sin tener en cuenta los costos sociales y el ritmo de reposición de las mismas. En ese sentido, el saqueo remite a un intercambio claramente injusto e inequitativo entre quien obtiene el recurso y quien se ve forzado a entregarlo.

proceso extractivo con la economía local, pues la producción era directamente destinada a los puertos y de allí transportada casi inmediatamente a las metrópolis capitalistas. Esa modalidad del desarrollo capitalista en la periferia creó el mito del desarrollo basado en el crecimiento acelerado de las exportaciones sin distribución genuina de la riqueza generada. Como la propiedad (o usufructo) de la riqueza material explotada y exportada suele concentrarse en unos pocos actores locales (nacionales o extranjeros), el valor creado se concentra fuertemente sin que el conjunto de la población del país pueda acceder al mismo. En el caso de la Argentina, la modalidad histórica de extractivismo estuvo ligada a la producción agropecuaria. El desarrollo de la misma a los fines de su exportación –primero hacia España, luego a Inglaterra- creó hacia las primeras décadas del siglo XX la ilusión del país desarrollado. A diferencia de las formas típicas de economía de enclave, la producción agropecuaria se extendía en un amplio territorio (la región pampeana) pero su lógica de producción era similar: una parte significativa de la producción se destinaba a la exportación, la infraestructura económica (ferrocarriles, caminos, puertos) se articulaba con el fin de facilitar el transporte al exterior y la propiedad de las producciones se encontraba fuertemente concentrada en pocos propietarios. Este proceso daba cuenta del mito del “granero del mundo” y de la Argentina próspera de las primeras décadas del siglo XX: una economía liderada por la exportación de bienes comunes (básicamente tierra fértil y agua a través de la producción de cereales y carnes) destinadas al mercado europeo que permitía la generación de elevados ingresos que se concentraban en las clases propietarias, sin que se produjera un “derrame” hacia el conjunto del pueblo. El mito no puede explicar porque cuando la Argentina se encontraba entre los primeros 10 países del mundo según su PBI por habitante simultáneamente era atravesada por procesos de organización y luchas obreras de alta radicalidad, reprimidos con brutalidad por la burguesía y el Estado.

El extractivismo es un proceso social que implica (a) la transformación de los bienes comunes en mercancías y (b) la generación de rentas extraordinarias vinculadas al monopolio de la propiedad sobre esos bienes y su destino hacia la exportación. La primera dimensión remite al sentido imperialista del capital que presiona para mercantilizar todas las esferas de la vida con el objeto de su propia valorización (Luxemburgo, 1913; Harvey, 2005). El segundo elemento es fundamental para

comprender uno de los problemas básicos que el extractivismo ha generado en los países de la periferia: la persistencia de una estructura productiva desequilibrada (Diamand, 1972). La capacidad de generar niveles extraordinarios de rentabilidad en comparación con otras actividades crea –en el marco del capitalismo- una gran presión hacia la apreciación del tipo de cambio real (“abaratamiento del dólar”) más allá de lo que permite la rentabilidad del resto de las actividades productivas (en particular, del capital manufacturero). Como resultado, el extractivismo desplaza las actividades manufactureras que debido a la baja rentabilidad relativa no tienen capacidad de atraer recursos económicos a los fines de su propia expansión. Por otra parte, los excedentes de divisas resultantes del dominio de la economía extractivista exportadora fomenta el consumo de mercancías importadas, en particular cuando las rentas extraordinarias se concentran en una pequeña fracción de la burguesía local. El abaratamiento de las importaciones y el patrón dependiente del consumo de las clases dominantes –que buscan emular a las burguesías de los países centrales- exagera el desvío de divisas y de poder de compra al exterior. Por otra parte, la rentabilidad extraordinaria de las actividades rentistas no dependen mayormente del nivel de inversión. Por el contrario, dadas las condiciones excepcionales de extracción y producción de las riquezas naturales (en particular en los países de la periferia), el nivel de renta obtenido es resultado del control monopólico sobre el recurso y de las condiciones globales que fijan el precio de venta de lo extraído. Son estas circunstancias las que crean las condiciones materiales para promover el desvío de los excedentes apropiados fuera de los procesos de producción.

La tensión extractivista se maximizó históricamente en la región suramericana en la etapa liberal que se extendió hasta fines de 1920. En Argentina hasta la crisis de los años 30 en el siglo pasado la producción de manufacturas estuvo fuertemente limitada por la articulación extractivista de la economía (Neffa, 1998). Recién al producirse la crisis en el capitalismo de entreguerras, se crearon las condiciones para un cambio en la periferia que dio lugar a una nueva estrategia de desarrollo que se planteó como alternativa al proyecto extractivista: el desarrollismo.

### **El proyecto desarrollista en Argentina.**

El desarrollismo se fue conformando como el proyecto estratégico de las clases dominantes en las naciones capitalistas más desarrolladas en la periferia americana

(Argentina, Brasil y México). En el caso de Argentina, la crisis del 30 creó la oportunidad para un acelerado desarrollo de la industria manufacturera local (Neffa, 1998; Féliz y Pérez, 2004: 187).

Ese proceso conformó las condiciones materiales para una nueva irrupción de las clases populares en la escena política en los años 40. La industrialización debió simultáneamente satisfacer la creciente demanda de bienes de consumo de las clases populares y suplir las importaciones de bienes de consumo de las clases propietarias y las necesidades de medios de producción (bienes de capital) requeridos para el avance de la producción. El desarrollo de la industria manufacturera fue creando una nueva clase dinámica (la burguesía industrial) que –progresivamente- se convirtió en clase dominante. El desarrollismo fue conformándose en el plan de acción de esa nueva clase. El proyecto desarrollista procuraba promover las condiciones para garantizar un proceso de valorización capitalista en la periferia en la posguerra. En una primera etapa (décadas de 1930 y 1940) eso se logró a partir de la ampliación del consumo popular y de una estrategia de generación de plusvalía absoluta: creciente incorporación de fuerza de trabajo a los procesos productivos (Féliz y Pérez, 2004). Sin embargo, hacia comienzos de los años 1950 comenzaron a presentarse restricciones estructurales a la continuidad del proceso: se agotaron las condiciones favorables creadas por la segunda guerra mundial y las demandas de las clases populares comenzaron a entrar en conflicto con las formas capitalistas de organización social de la producción (James, 1990; Féliz y Pérez, 2004: 193). Por ello, desde el desarrollismo se buscó superar lo que –a los ojos de las nuevas fracciones dominantes- eran los principales problemas de la etapa: la baja productividad laboral, la falta de ahorro para financiar la inversión y la escasez de divisas para financiar las importaciones (Prebisch, 1949). En función de ese diagnóstico, en el caso de la Argentina desde mediados del 2do gobierno peronista (1951-1955) se impulsó una avanzada “modernizadora” que buscaba simultáneamente dar un salto de productividad y ampliar la participación del plusvalor en manos del capital (Féliz y Pérez, 2004: 193). En este proceso se promovió la incorporación del capital extranjero como socio activo de la burguesía local.

El desarrollismo argentino encontró en las viejas fracciones extractivistas (agropecuarias) su antagonista. Si bien a partir de la crisis de los años 30 esa fracción del capital había perdido su carácter hegemónico, continuaba presentando un elevado

poder social producto de su estratégico rol en la economía argentina: la provisión de las divisas internacionales necesarias para la importación de medios de producción, piezas e insumos manufacturados indispensables para el desarrollo industrial periférico. El viejo problema de la inserción extractivista de la economía aparecía bajo un nuevo ropaje: la apropiación de rentas extraordinarias en manos de unos pocos terratenientes y la necesidad por parte de los sectores industriales de su utilización para los fines de su propia valorización. Esta contradicción se fue resolviendo parcialmente a partir de diversos mecanismos de apropiación estatal de la renta agropecuaria. Sin embargo, no pudieron zanjar uno de los principales problemas dinámicos del capitalismo argentino: la recurrencia de los ciclos de arranque y parada (*stop-and-go*) generados por el periódico déficit en el balance de pagos producido por el crecimiento industrial dependiente y que se manifestaban a través de cíclicas devaluaciones de la moneda local (Félic y Pérez, 2004: 198). La estrategia desarrollista entre los años 50 y comienzos de la década de los setenta no pudo articular productivamente (para el capital) las necesidades antagónicas de sus dos fracciones principales: la gran burguesía agropecuaria y la gran burguesía industrial.<sup>4</sup> Ese antagonismo era atravesado –en paralelo– por las demandas de las clases populares que enfrentaron las consecuencias de la estrategia desarrollista, sus contradicciones y límites: la presión sobre las condiciones de trabajo, la creciente intensificación de la actividad laboral, y la desvalorización salarial provocada por las crisis devaluatorias. La creciente conflictividad social y política que atravesó a la Argentina durante los años 60 y el primer lustro de la década de los setenta fue el emergente de las contradicciones de la estrategia desarrollista (Félic y Pérez, 2004: 200).

La crisis global en el capitalismo que en los años 70 dio comienzo a la etapa neoliberal contribuyó en Argentina a que las clases dominantes definieran dar un salto al futuro. La dictadura militar (1976-1983) fue el hito que marcó la entrada del capitalismo argentino en la etapa neoliberal de reestructuración y reconfiguración de la base estructural de la hegemonía de las clases dominantes (Basualdo, 2006; Félic y Pérez, 2004: 201). A través del proyecto neoliberal, la burguesía local argentina en sus diversas fracciones avanzó en una transición hacia su transnacionalización definitiva construyendo simultáneamente las bases de una nueva modalidad de desarrollo que 30 años después

---

<sup>4</sup> Basualdo (2006) muestra como la burguesía agropecuaria fue convirtiéndose en una oligarquía diversificada con intereses más allá de lo estrictamente agropecuario.

se consolidaría: el (neo)desarrollismo (neo)extractivista.

### **Argentina en camino al nuevo desarrollismo extractivista.**

La transición neoliberal forzó al conjunto de los países de la región suramericana a llevar adelante una profunda reestructuración social, política y productiva. Esas transformaciones condujeron a un renovado proceso de apropiación extractivista de los bienes comunes. Durante tres décadas avanzó en la región la privatización de los servicios públicos y la entrega de las riquezas naturales al gran capital trasnacional para su usufructo en la vieja modalidad, reactualizada en lo que Harvey (2005) ha denominado “acumulación por desposesión”.

En el caso de la Argentina, la apropiación capitalista de lo público y comunal avanzó de una manera sin precedentes incorporando nuevas modalidades de explotación de la naturaleza. Amen del proceso de privatización de los servicios públicos, se produjo un gran desarrollo en la producción de soja transgénica (Teubal, 2006, 2009) y la minería a cielo abierto (Svampa y Sola Álvarez, 2010; Voces de Alerta, 2011). La introducción de las variedades genéticamente modificadas acompañadas de los agroquímicos (bajo el control técnico-político de las transnacionales del área, como Monsanto) y nuevas formas de gestión productiva (siembra directa, *pools* de siembra) permitieron dar un salto en la rentabilidad global de las producciones agrícolas y expandir la frontera de su producción a los rincones más allá de lo imaginable. La nueva tecnología de producción favoreció la creciente expulsión de antiguas familias campesinas u ocupantes ancestrales de las tierras (Grupo de Reflexión Rural, 2011). La intensificación de la producción agropecuaria condujo a la conformación de una nueva clase de pequeños y medianos propietarios de tierra que se convirtieron en arrendadores (rentistas) al ceder sus propiedades en alquiler a grandes productores y *pools* de siembra (fondo de inversión agropecuaria o fideicomiso agropecuario). Estos *pools* sirvieron para incorporar la producción agropecuaria al ciclo global del capital financiero transformando radicalmente la lógica de la producción en el campo. La prioridad de la ganancia financiera llevó al desplazamiento acelerado de la producción de alimentos para la población local (maíz, trigo, etc.) y la creciente producción de soja con el primordial destino de la exportación.

En paralelo, la minería a cielo abierto se expandió en el territorio argentino, en especial a lo largo de la cordillera de los Andes donde la explotación del oro se convirtió en una



industria de rápido crecimiento. Esta forma de la minería se apoya en el ingreso de grandes corporaciones transnacionales que aprovechan el auge en los precios de las *commodities* mineras en el mercado mundial para apropiarse de enormes rentas extraordinarias. Argentina se ha convertido en un importante exportador de diversas variedades de productos mineros (desde oro hasta potasio). A esta nueva industria que es la minería a cielo abierto se ha sumado la explotación de hidrocarburos. Argentina fue durante el siglo XX un país con petróleo aunque no un país petrolero (como si lo es, por ejemplo, Venezuela). Desde la privatización de la mayor parte del sector en los años 1990, el país pasó por una etapa de aprovechamiento (y saqueo hasta el agotamiento) de las reservas de gas y petróleo llamadas convencionales. Hoy con el liderazgo del Estado (a través de la recientemente renacionalizada YPFSA) se espera poder iniciar una etapa de explotación de las masivas reservas de hidrocarburos no convencionales (*shale oil&gas*) a costos sociales y ambientales enormes pero cuyos costos económicos (los únicos relevantes para el capitalismo del siglo XXI) son exiguos al lado de las ganancias potenciales que permiten a las empresas participantes los elevados precios del petróleo en el mercado mundial.

### **Paradojas del (neo)extractivismo en Argentina.**

La paradoja del (neo)extractivismo en Argentina es que a diferencia de anteriores períodos históricos las clases dominantes han logrado establecer una suerte de simbiosis entre las ramas rentistas (extractivistas) y las ramas no rentistas (industriales) del capital. El (neo)desarrollismo es el proyecto que pretende operar esa simbiosis construyendo la mediación política necesaria para refuncionalizar el proceso de valorización del capital productivo en sus facetas rentistas y no rentistas buscando evitar reproducir los ciclos de arranque y parada de mediados del siglo XX, ahora en la fase transnacional del capital.

El (neo)desarrollismo se conformó en Argentina como estrategia de la nueva clase hegemónica surgida del neoliberalismo. La clase dominante (gran capital local), conducida por su fracción hegemónica (gran capital transnacionalizado), consiguió articular a través del Estado un programa de políticas públicas que permitieran canalizar productivamente las tensiones que surgen del desarrollo capitalista en la era posneoliberal (Félicz, 2011). Superando dialécticamente al neoliberalismo, el nuevo desarrollismo se construye sobre las bases estructurales que aquel constituyó. La

superación del neoliberalismo no significa –sin embargo- el radical desplazamiento de sus consecuencias sociales, políticas y económicas, sino su aprovechamiento por las clases dominantes para un renovado proceso de acumulación exitosa bajo su hegemonía (Félic, 2012).

Por una parte, el programa (neo)desarrollista en Argentina se construye sobre la base de la trasnacionalización estructural del espacio económico (de valor) de la economía argentina. Si bien el discurso oficial presenta una retórica marcada por el discurso nacional-popular y oculta sistemáticamente las referencias al carácter trasnacional del gran capital en Argentina (Svampa y Sola Álvarez, 2010), el proyecto del nuevo desarrollismo implícitamente se apoya y promueve los intereses de esos actores.

El proceso neoliberal consolidó la desnacionalización del entramado productivo y simultáneamente trasnacionalizó el gran capital en la mayor parte de las ramas de la producción (Félic, 2011). Esa situación se traduce en la última década en (a) un elevado peso del capital extranjero en la economía, (b) un alto grado de apertura económica tanto por el lado del comercio (exportaciones e importaciones) como por el lado de las finanzas, y (c) un elevado grado de integración y aceptación de la red de organismos internacionales de regulación del ciclo global del capital (Banco Mundial, FMI, OMC, etc.).<sup>5</sup>

En la política desarrollista este es un cambio sustancial pues en su orígenes la economía periférica (en particular, la Argentina) si bien existía una importante vinculación comercial y financiera con el mercado mundial, los niveles de apertura, flexibilidad y movilidad del capital en sus diversas formas eran relativamente acotados. Desde los años 30 y hasta fines de los 60, la economía mundial atravesó un proceso de lenta recuperación de su integración multilateral. Como señalamos, en ese contexto el desarrollismo apostó a elaborar una política de “colaboración” entre el capital extranjero y el capital nacional a los fines de apuntalar el proceso de industrialización.

En contraste, en la actual etapa de consolidación de la trasnacionalización del capital en sus diferentes formas (financiero, productivo, mercantil) y modalidades organizativas (corporación trasnacional, organismos multilaterales), el (neo)desarrollismo intenta diseñar un esquema de política económica que promueva a un solo tiempo los intereses de ambas fracciones dominantes del capital local (nacional y extranjero). La integración

---

<sup>5</sup> Al respecto puede verse la referencia que hace Svampa (2008) en relación al papel del Banco Mundial en la Argentina en la etapa actual.

entre ambos es tal que las diferencias en sus intereses ya son difíciles de discernir. En tal sentido, se apuntala la política económica de sostener el tipo de cambio real elevado y estable, con tasas de interés real bajas y un programa de inversión pública orientado a la infraestructura económica (transporte y energía, fundamentalmente). Esa política es perfectamente compatible con las reglas de juego dominantes en el espacio jurídico internacional creado en el marco del neoliberalismo. Esas políticas son la clave del marco teórico del (neo)desarrollismo (Bresser-Pereira, 2010; Curia, 2007).

En segundo lugar, el (neo)desarrollismo argentino busca fortalecer la sinergia estructural entre la inserción extractivista de la economía y las necesidades de valorización del capital dominante. En efecto, en los años del neoliberalismo se configuró una estructura de producción que articula fuertemente la producción primaria (soja, minerales, hidrocarburos) con las industrias básicas productoras de *commodities* manufacturadas (harinas, aceites, alimentos, chapa laminada, aluminio, combustibles). La estrategia de diversificación del gran capital nacional y su concentración en las ramas vinculadas al extractivismo (Basualdo, 2006) permitieron fortalecer esa sinergia.

La política económica del (neo)desarrollismo busca garantizar que la capacidad de apropiación de renta de esas ramas no conspira contra los intereses generales del gran capital manufacturero. A través del neoliberalismo el capital en su conjunto –y en particular, el manufacturero– mejoró su posición competitiva (Félicz, 2009). Sin embargo, la ventaja relativa de las producciones extractivistas continúa reproduciendo una estructura productiva desequilibrada (Diamand, 1972). Por ello, en Argentina sin la mediación estatal continúa siendo inviable la producción de manufacturas industriales no vinculadas al complejo extractivista.

Además, algunas de esas ramas industriales (como la automotriz y las metalmecánicas) tienen una centralidad en la construcción de la hegemonía política del capital en la nueva etapa. Históricamente han estado ligadas al proyecto desarrollista (por su peso relativo y su consecuente capacidad de traccionar al conjunto de la economía) y conforman parte del núcleo ideológico de la tradición nacional-popular que articula el proyecto social del (neo)desarrollismo. Por ello, crear los mecanismos que permitan garantizar su competitividad (y, por lo tanto, su crecimiento) se ha convertido en una de las tareas más titánicas del proyecto (neo)desarrollista (Azpiazu y Schorr, 2010). Con tal objetivo en mente, a través del cobro de un impuesto (“retenciones”) a las principales

exportaciones primarias (soja, petróleo) desde el Estado se ha buscado redireccionar una porción del plusvalor apropiado como renta. Ese redireccionamiento se produce de dos maneras. Por un lado, indirectamente, pues el impuesto a la exportación tiende a reducir el precio interno de las mercancías que apropian renta y de esa forma abaratan los insumos básicos para la producción local (tanto las mercancías manufacturadas, como la fuerza de trabajo). Por otra parte, directamente, a través de políticas públicas que subsidian el crédito productivo, exenciones impositivas y desgravación de exportaciones, políticas todas dentro del ámbito de las aprobadas por la OMC. Además, la defensa de las fracciones manufactureras no rentistas se produce a través de una política de competitividad que incluye la protección selectiva contra la “competencia desleal” (*dumping* y otras modalidades). Esta política busca evitar el deterioro en el precio relativo del capital manufacturero en el marco de un mercado mundial altamente volátil y que incorpora nuevos “jugadores” (China e India, entre otros) que operan con grandes ventajas absolutas frente al capital en Argentina.

En tercer lugar, el proyecto (neo)desarrollista involucra un atento seguimiento a las negociaciones salariales a los fines de evitar “desbordes” por encima de la evolución de la productividad laboral. La política de “balizamiento salarial” es la contracara de la política de tipo de cambio real elevado (Curia, 2007; Félix, 2012). Esa política busca mantener la evolución de los costos laborales dentro de una dinámica que permita sostener el proceso de industrialización sin tensar excesivamente la contradicción entre las fracciones rentistas y no rentistas del gran capital (Félix y López, 2012). El objetivo es establecer en “un mismo acto” (Curia, 2007) una ecuación distributiva que garantice el crecimiento de la inversión reproductiva (en capital constante) buscando el objetivo de acrecentar sostenidamente la tasa de inversión.

### **Barreras y límites del (neo)desarrollismo (neo)extractivista.**

El tándem (neo)desarrollismo-(neo)extractivismo enfrenta en toda la región suramericana una serie de barreras y límites que derivan de las contradicciones sociales en que se sustentan esos proyectos. En el caso de Argentina esas barreras y límites se encuentran matizadas por las características particulares del proceso histórico de desarrollo capitalista y el proceso social-político en que el país ha estado inmerso en las últimas décadas.

Las barreras son procesos que pueden potencialmente bloquear la reproducción social

dentro de un particular proyecto de desarrollo pero que pueden ser desplazadas en el tiempo y el espacio o su impacto contenido o canalizado productivamente. Por su parte, los límites son barreras que no pueden ya ser superadas en el marco del mismo proyecto hegemónico.

En primer lugar, la transnacionalización del capital local (en particular, de la cúpula empresarial) establece una barrera creciente a la autonomía del proceso de acumulación de capital. Dado que las decisiones de valorización y acumulación de los capitales más concentrados remiten a estrategias de expansión a escala regional y global, el ciclo del capital local está condicionado de manera exacerbada por la dinámica del ciclo del capital a escala internacional. En el capitalismo, los Estados nacionales siempre buscan favorecer el flujo del capital internacional hacia sus espacios de valor (Holloway, 1992). Sin embargo, cuando el capital está altamente transnacionalizado la presión y las dificultades para garantizar su permanencia en el ciclo local de acumulación es mayor pues los mecanismos que lo hacen flexible, fluido y móvil se multiplican. En este contexto, el proyecto (neo)desarrollista argentino debe sostener una permanente política de “seducción” del gran capital a través de exenciones impositivas, marcos regulatorios favorables, políticas de inversión pública en infraestructura, políticas laborales de moderación salarial, etc. (Azpiazú y Schorr, 2010, Castellani, 2009). La barrera que supone la permanente amenaza de “fuga” por parte del capital transnacionalizado se traduce en un límite a la autonomía política del proceso de desarrollo local.

En segundo lugar, la consolidación de la tendencia (neo)extractivista a la dinámica de acumulación a la capacidad de colocar en el mercado mundial las mercancías con alto componente de renta extraordinaria. Esta situación aumenta la volatilidad de la acumulación. El valor internacional de una porción significativa de las exportaciones (y por lo tanto, del valor apropiado) está directamente vinculado a las fracciones más especulativas del capital financiero, ya que se han multiplicado las formas de inversión financiera de cortísimo plazo vinculadas al comercio de *commodities*. Más allá de factores estructurales (como la tendencia de la oferta y demanda mundial de las *commodities* particulares) la especulación influenciando fuertemente el precio de esas mercancías, colocando a los países exportadores en una situación de particular fragilidad. Si bien en el caso de Argentina el peso del comercio internacional de estas mercancías no llega a la situación extrema de Venezuela o Bolivia (donde más del 90%

de las exportaciones totales se concentran en un puñado de *commodities*), casi 2/3 de las exportaciones totales argentinas son productos primarios (en 2010, 22%), combustibles (en 2010, 9%) o sus manufacturas (en 2010, 33% eran manufacturas de origen agropecuario). El desvío estándar de los precios (un indicador de su variabilidad en el tiempo) de las exportaciones argentinas subió de 9,7% entre 1986-2001 a 22,7% entre 2002-2011.

Como señalamos, el rentismo en la economía periférica conduce a una serie de barreras a la acumulación de capital. Por una parte, la rentabilidad excedente no resulta de la inversión sino del monopolio sobre los recursos extraídos y de las condiciones de realización ligadas –en este caso- al contexto internacional. Dado que la reinversión no es la fuente de la renta excedente, los capitales que conducen el proceso (neo)extractivista destinan una porción significativa de su rentabilidad hacia otros fines.

La propia existencia de la presión extractivista junto a limitada competitividad estructural del capital manufacturero local *vis a vis* la alternativas en otros espacios de valor periféricos (Brasil, China, India) crea un restringido incentivo a que la renta excedente sea invertida localmente. Esta barrera compone un límite a la capacidad de acumulación del espacio nacional de valor. En Argentina las empresas de la cúpula invierten sólo 19,3% del excedente disponible en 2009, por debajo de la tasa de inversión para el conjunto de la economía que llegó a 22,4% ese mismo año (Manzanelli, 2011). Una porción importante del excedente local se “fuga” del circuito doméstico de acumulación.

Si bien el rentismo crea una capacidad potencial de acumulación elevada (rentabilidad), la estructura desequilibrada de base (neo)extractivista crea una presión adicional sobre la apropiación del ingreso por parte de los sectores populares. Dado que una parte importante del plusvalor excedente es desviado fuera de su reinversión productiva en el espacio local de valor, la necesidad de competir internacionalmente en una economía abierta presiona sobre los capitales locales para buscar otras fuentes de plusvalor. Entre ellas, la superexplotación laboral ocupa un papel primordial (Marini, 1973). Esta situación establece un límite para la participación de los salarios en el ingreso, pues el conjunto del capital tiende ser más inflexible a la hora de negociar salarios. El caso del nuevo desarrollismo argentino es clásico en este respecto: luego de recuperarse parcialmente entre 2003 y 2007, los trabajadores, la participación de los salarios en el

ingreso llegó a un máximo de 40,4% en 2009 (Fernández y González, 2012) –volviendo a caer a partir de allí- sin poder romper la barrera establecida en la era desarrollista (45% en 1974, según Basualdo, 2006). Ese límite acotado ha sido garantizado por una política laboral “restrictiva” y la persistencia de la superexplotación laboral como práctica empresarial y del propio Estado. Si bien en la década pasada se recuperó la negociación colectiva como herramienta de la disputa por el ingreso, la política laboral a partir de 2006/2007 ha logrado restringir los aumentos salariales promedio dentro de los límites de la inflación minorista y por debajo de la evolución de la productividad. En paralelo, el empleo no registrado (forma más evidente de la superexplotación laboral) persiste por encima del 50% entre los trabajadores y trabajadoras del sector privado de la economía (Félez, López y Fernández, 2010).

En cuarto lugar, dado el poder social (de mercado) del gran capital local, las presiones de costos (salariales e insumos) por encima del desempeño de la productividad se traducen casi inmediatamente en presiones inflacionarias. Las negociaciones salariales descentralizadas y el aumento en el precio de los insumos (en particular, los precios de las *commodities* que son impulsados por la especulación y cambios estructurales en la demanda mundial) son inmediatamente convertidas en aumentos en los precios locales. Si bien esto le permite al capital local mejorar su precio relativo frente a las *commodities* exportables, contradice la política pro-industrial de “dólar caro”. La acción descentralizada de los capitales en competencia contradice las necesidades objetivas del conjunto, poniendo presión adicional sobre el Estado. Las fracciones más perjudicadas del capital manufacturero demandan acciones públicas para contener la apreciación cambiaria a través de la política laboral y de medidas de protección (que incluyen subsidios, barreras comerciales y la desvalorización controlada del tipo de cambio).

Así, la alta inflación –basada en la puja distributiva- se convierte en un límite difícil de superar para la política de tipo de cambio alto. La devaluación nominal demandada amenaza con espiralarse a través del impacto en las negociaciones salariales, la política de subsidios tiene un límite en la capacidad fiscal del Estado y la política comercial se encuentra restringida por los estrechos límites establecidos por las instituciones internacionales de impronta neoliberal (FMI, OMC, CIADI). La pérdida de competitividad del capital manufacturero no rentista progresivamente se traduce en una caída en el superávit externo (cuenta corriente del balance de pagos) y un aumento y

profundización en el déficit externo en un número creciente de ramas manufactureras (Azpiazu y Schorr, 2010). En 2011 la cuenta corriente del balance de pagos estuvo equilibrada (con tendencia al déficit) luego de más de una década de superávits.

### **Más allá de los límites del proyecto (neo)desarrollista (neo)extractivista. Lecciones desde y para los movimientos populares.**

En Argentina el proyecto de desarrollo posneoliberal se ha consolidado pero enfrenta barreras y límites que remiten a la urgente necesidad de su superación. Esas limitantes confrontan tanto a los sectores dominantes como a las clases populares en la pugna de unos por reconducir el proceso de acumulación en un sendero expansivo transformando los límites en meras barreras y de éstas últimas por trascender el (neo)desarrollismo (neo)extractivista en la construcción de un proyecto de sociedad alterno.

Desde el punto de vista del capital, el proyecto hegemónico ha servido para construir una patrón de acumulación ciertamente exitoso en términos de su capacidad de expansión. El ciclo 2002-2011 es el de mayor crecimiento en la historia de la Argentina. Sin embargo, la barrera de la competitividad internacional de la industria manufacturera se presenta cada vez más claramente como un límite que las fracciones dominantes no han podido evadir. La faceta industrialista del proyecto dominante no ha podido librarse del límite último del desarrollismo histórico en Argentina. La relación entre el capital rentista y el no rentista parece estar renovando su histórico patrón antagónico. Ese regreso se manifiesta como tendencia a lo largo de la década y se acentúa con la perpetuación de la crisis internacional. Esta última, por su parte, deja en evidencia la fragilidad de extractivismo como eje del proceso de valorización del capital. El rentismo se convierte –nuevamente- en una maldición para el proceso de desarrollo capitalista periférico.

Desde los sectores populares, el proyecto hegemónico establece límites cada vez más claros a las posibilidades de un proceso socialmente progresivo en la periferia capitalista. La redistribución del ingreso a favor de las clases populares choca contra las restricciones fiscales que imponen las necesidades del capital industrial y la amenaza de fuga del gran capital transnacionalizado. Esta limitante se manifiesta sobre todo en las grandes dificultades para llevar adelante una reforma fiscal integral. Por su parte, la industrialización capitalista periférica en Argentina es incapaz de crear empleo de calidad de manera sostenida en un marco internacional neoliberal que en el sur global se



encuentra crecientemente dominando por neopotencias subimperialistas como Brasil, China e India. La superexplotación laboral para una fracción amplia del pueblo trabajador argentino se convierte en la condición *sine qua non* para las posibilidades del desarrollo industrial capitalista.

Además, la consolidación de la tendencia extractivista bajo control transnacional en Argentina constituye el límite más formidable a las posibilidades de otra forma de desarrollo. El dominio transnacionalizado de los puntos estratégicos de todo el ciclo del capital doméstico requiere ser desmontado para recuperar la autonomía política sobre el proceso general de reproducción metabólica de la sociedad. Por su parte, el extractivismo sobre el que todo se ha construido impone a los sectores populares la necesidad de encontrar formas de desplazar la renta extraordinaria como la base del proceso de acumulación. De otra forma, el peso social de la misma es tan grande que cualquier estrategia de transición se verá gravemente condicionada.

Estas lecciones ya han sido tomadas y elaboradas por una multiplicidad de organizaciones populares en Argentina. Las demandas populares en torno a la mejora de las organizaciones laborales, a cambios en las políticas sociales y la reforma tributaria progresiva confrontan el eje desarrollista del proyecto hegemónico. Por su parte, crece la resistencia a las distintas formas del extractivismo (en particular, el minero) y se pone en cuestión su lugar como articulador del proceso de desarrollo. Todavía, sin embargo, no se ha consolidado una fuerza social contra-hegemónica que pueda enfrentar exitosamente el nuevo proceso de desarrollo capitalista en Argentina.

### **Referencias bibliográficas.**

Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín (2010), *Hecho en Argentina. Industria y economía (1976-2007)*. Siglo XXI, Buenos Aires (Argentina).

Basualdo, Eduardo M. (2006), *Estudios de historia económica argentina*. FLACSO/Siglo XXI Editor, Buenos Aires (Argentina).

Bresser-Pereira, Luiz Carlos (2010), *Globalización y competencia. Apuntes para una macroeconomía estructuralista del desarrollo*. Siglo XXI Editora Iberoamericana, Buenos Aires (Argentina).

Castellani, Ana (2009), “Estado y grandes empresarios en la Argentina en la postconvertibilidad”, *Cuestiones de Sociología*, 5-6, UNLP.

Curia, E. (2007), *Teoría del modelo de desarrollo de la Argentina: las condiciones para*

*su continuidad*. Galerna, Buenos Aires (Argentina).

Diamand, Marcelo (1972), “La estructura productiva desequilibrada argentina y el tipo de cambio”, *Desarrollo Económico*, vol. 12, número 45, IDES.

Féliz, Mariano (2009), “Crisis cambiaria en Argentina”, *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, vol. 40, 158, pp. 185-213, julio-septiembre, UNAM.

Féliz, Mariano (2011), “Neoliberalismos, neodesarrollismos y proyectos contrahegemónicos en Suramérica”, *Revista Astrolabio. Nueva época*, 7, pp. 238-265, diciembre, Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (CIECS) / CONICET-UNC.

Féliz, Mariano (2012), “Neo-Developmentalism Beyond Neoliberalism? Capitalist Crisis and Argentina's Development Since the 1990s”, *Historical Materialism*, 20(2), Brill. En prensa.

Féliz, Mariano y López, Emiliano (2012), *Proyecto neodesarrollista en Argentina ¿Modelo nacional-popular o nueva etapa en el desarrollo capitalista?*, Editorial El Colectivo, Buenos Aires (Argentina).

Féliz, Mariano, López, Emiliano y Fernández, Lisandro (2010), “Estructura de clase, distribución del ingreso y políticas públicas. Una aproximación al caso argentino en la etapa post-neoliberal”, *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*, 9 y 10 de diciembre de 2010, Universidad Nacional de La Plata, La Plata (Argentina).

Féliz, Mariano y Pérez, Pablo Ernesto (2004), “Conflicto de clase, salarios y productividad. Una mirada de largo plazo para la Argentina”, en Robert Boyer, Julio César Neffa (coords.), *La economía Argentina y su crisis (1976-2001): visiones institucionalistas y regulacionistas*. Miño y Dávila Editores, Buenos Aires (Argentina).

Fernández, Ana L. y González, Mariana L. (2012), “La desigualdad en los ingresos laborales. Su evolución en la posconvertibilidad”, *Apuntes para el Cambio*, 3, mayo/junio.

Grupo de Reflexión Rural (2011), “Las Organizaciones Campesinas en las Garras del Modelo”, documento (<http://www.grr.org.ar/documentos/organizaciones%20en%20las%20garras.htm>; 20/7/2011).

Harvey, David (2005), “El nuevo imperialismo: acumulación por desposesión”, en Panitch, Leo y Leys, Colin (eds.), *El nuevo desafío imperial – Socialist Register 2004*,

- CLACSO, Buenos Aires (Argentina).
- Holloway, John (1992), “La reforma del Estado: Capital global y el Estado nación”, *Perfiles Latinoamericanos*, 1, Julio, FLACSO – México.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires (Argentina).
- Luxemburgo, Rosa (1913), *La acumulación del capital*, Terramar Ediciones, 2007, La Plata (Argentina).
- Manzanelli, Pablo (2011), “Peculiaridades en el comportamiento de la formación de capital en las grandes empresas durante la posconvertibilidad”, *Apuntes para el Cambio*, 1, noviembre/diciembre.
- Marini, Ruy Mauro (1973), “Dialéctica de la dependencia”, en Marini, Ruy Mauro, *América Latina, dependencia y globalización*. CLACSO-Prometeo, 2007, Buenos Aires (Argentina).
- Marini, Ruy Mauro (1997), “Proceso y tendencias de la globalización capitalista”, en Marini, Ruy Mauro, *América Latina, dependencia y globalización*. CLACSO-Prometeo, 2007, Buenos Aires (Argentina).
- Neffa, Julio César (1998), *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996). Una contribución a su estudio desde la teoría de la regulación*, Trabajo y Sociedad, PIETTE/CONICET, EUDEBA, Buenos Aires (Argentina).
- Prebisch, Raúl (1949), *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*. E/CN.12/89, CEPAL, Santiago de Chile (Chile).
- Svampa, Maristella (2008), “Argentina: cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”, *OSAL*, 9(24), Octubre.
- Svampa, Maristella y Sola Álvarez, Marian (2010), “Modelo minero, resistencias sociales y estilos de desarrollo: los marcos de la discusión en la Argentina”, *Ecuador Debate*, 79.
- Teubal, Miguel (2006), “Expansión del modelo sojero en la Argentina. De la producción de alimentos a los commodities”, *Realidad Económica*, 220, IADE.
- Teubal, Miguel (2009), “Expansión de la soja transgénica en la Argentina”, en Pérez, M., Schlesinger, S. y Wise, T.A., *Promesas y peligros de la liberalización del comercio*

*agrícola. Lecciones desde América Latina*, AIPE, La Paz (Bolivia).

Voces de Alerta (2011), *15 mitos y realidades de la minería transnacional en la Argentina*, Editorial El Colectivo y Ediciones Herramienta, Buenos Aires (Argentina).